

ANTE EL DÍA DE LA ELIMINACIÓN DE LA DISCRIMINACIÓN RACIAL →

Los retos de la generación 'uno y medio'

No nacieron en Gipuzkoa ni llegaron hace años como sus padres. Tienen un pie en la adolescencia y realizan un ímprobo esfuerzo de adaptación.

◀ Un reportaje de Jorge Napal



La hondureña Rosa Oviedo recibe un cariñoso abrazo de sus hijos, Fabrizio, de once años, y Jeferson, de siete. Foto: Javi Colmenero

Se la comen a besos cuando hasta hace poco era prácticamente una desconocida. La inmigración, de la que corren ríos de tinta, también ofrece finales felices, como el de la familia de Rosa Oviedo, que abraza a sus hijos tras largos años de ausencia coronados finalmente con el reencuentro. No ha sido una tarea precisamente sencilla. “La primera vez que me vio Jeferson me preguntó si yo era su madre definitiva, o si iba a venir una nueva. Aquello me dolió en el alma. El crío no sabía quién era realmente la mujer que tenía frente a sí”.

Sentada en un modesto sofá del piso de alquiler en el que reside, en el barrio donostiarra de Amara, esta hondureña de 33 años aprieta con fuerza el cojín, en el que parece descargar tanta tensión acumulada. “No es fácil reconstruir todo ese vínculo emocional”, asegura. Horas de dedicación e infinita ternura han permitido por fin recomponer las piezas de un puzle familiar que, hace no tanto tiempo, parecía hecho añicos.

Hay quien habla de estos menores como los de la generación *uno y medio*. La primera la encarnaron sus padres. La segunda generación la representan los hijos de inmigrantes nacidos en Gipuzkoa. Ellos, en cambio, se sitúan en un tiempo intermedio, el mismo que ha transcurrido desde que sus progenitores se separaron, dejándolos en el país de origen, hasta que consiguen reagruparlos aquí, con un pie en la adolescencia. Llegan a Gipuzkoa y la madre, convertida en una desconocida, ya no es la autoridad. “Ahora lo soy todo para ellos, pero recuerdo que cuando vinieron, al principio, no hacían más que observar. Me seguían con la mirada. No quitaban ojo de todo lo que hacía, cómo les trataba. Fue muy extraño”, rememora Oviedo.

Los reencuentros nunca son fáciles. La asociación Bidez-Bidez, que tiende puentes entre las familias extranjeras que vuelven a unirse tras largos años de forzosa separación, tiran de metáfora para explicar el proceso. “Así como las aves preparan el nido antes de que venga el polluelo, también es necesario en este caso que lo hagan las familias que desean agrupar a un familiar”, dice Soraya Ronquillo, presidenta de esta asociación. Toda preparación, asegura la experta, es poca para estrechar ese lazo familiar.

LA ADOLESCENCIA

Un nuevo duelo

Vínculo afectivo

Lo cierto es que los menores viven un nuevo duelo. La presidenta explica que se trata de una nueva etapa con el madre o la padre, dejando atrás a la abuela, la que les ha criado durante todo ese tiempo. “Hay que ser conscientes de que no existen los milagros, y llegar a una cultura tan diferenciada en un